Empresa Faustino 1862

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE

Marcos Zacarias

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo.*
D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas.*
D. José Perez, *idem.*

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS

Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios,
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Dieo Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla,
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Moutecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La Union carlo-polaca
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
El Padre Cobos.

LOS DOS AMIGOS Y EL DOTE,

Juguete cómico en un acto, y en verso

POR

D. MARIANO ZACARIAS CAZURRO.

Representado en el teatro de la Cruz de esta córte.

SEGUNDA EDICION.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
3454

N.º 43.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ CALLE DEL RUBIO, NÚM. 14.
1851.

23

AL SEÑOR

Don Manuel Breton de los Herreros,

EN TESTIMONIO

DE VENERACION Y RESPETO,

SU ADMIRADOR Y AMIGO

Mariano Zacarias Cazurro.

721789

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losdosamigosyeld00cazu_0

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CONCEPCION, *viuda*.	D.ª JOAQUINA BAUS.
CONCHITA, *su hija*.. . .	D.ª JOAQUINA SAMANIEGO.
JUANITO CARRANZA. .	D. MANUEL CATALINA.
PERIQUITO PONCE. . . .	D. MANUEL OSORÍO.

La escena en Madrid: en casa de doña Concepcion.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala de la época actual adornada con lujo y buen gusto.—Dos puertas: una en el fondo, grande y que corresponde á una antesala: la otra á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

PONCE.—CARRANZA.—*Este aparece sentado. Ponce llega por el foro y dirige hácia fuera sus primeras palabras. Los dos visten con esmero.*

PONCE. Nada! que no se molesten,
que es Ponce, y que yo no guardo
etiquetas; sobre todo,
que no hay prisa.
(Bajando.)
Y entre tanto
reflexionaré un poquito
lo que puede hacerme al caso.
(Viendo á Carranza.)
Pero, Carranza!
CARRAN. Adios, Ponce!
PONCE. Tan de mañana! es estraño.
CARRAN. Las once apenas, y bien?
PONCE. Nada, gracias á que te hallo.
CARRAN. Que me hallas! Eso es decir...
PONCE. Que fuí á tu casa hace rato;
no estabas, partí en tu busca,
y de Zeca en Meca andando,
cuando ceso en mis pesquisas
de hallarte desesperado,

te me encuentro... oh Providencia!
aquí! es decir, en el campo
mismo donde tus auxilios
me han de ser muy necesarios.

CARRAN. Aquí?

PONCE. Aquí mismo, Carranza;
aquí, y hoy mismo he pensado
acometer una empresa
que importa mucho.

CARRAN. Sí?

PONCE. Tanto,
que para emprenderla tengo,
segun consta por mis datos,
medio millon de motivos,
que son para bien y daño
veinticinco mil razones
y quinientos mil obstáculos.

CARRRN. Lléveme el diablo si entiendo,
Ponce, lo que estás hablando!
Para qué me necesitas?

PONCE. Si es que tenemos espacio,
lo diré.

CARRAN. Pues no ha de haberle,
si tanto hemos madrugado
que doña Concha y su niña
se estarán ataviando
para hacernos el cumplido.

PONCE. Pues vé oyendo.

CARRAN. Cuenta y vamos.

PONCE. Pero escucha con paciencia,
que para asuntos tan árduos
preciso es tomar las cosas
de algo atrás.

CARRAN. Puedes tomarlo
tan de atrás como quisieres.

PONCE. Pues empiezo por el cabo.
Jóven soy; estoy soltero,
y aburrido ya de estarlo,
porque es una vida perra
para el que es un hongo humano.
Desde que tuve bigotes,
de matrimonio en conatos
anduve cual mariposa

de dote en dote volando.
Porque has de saber, Carranza,
que aunque el matrimonio aclamo,
no tengo apego maldito
al que llaman dulce lazo,
como no haya dulce dote
que me ayude á tolerarlo.
Atrapar alguno bueno...
ese es mi sueño dorado;
pero... qué de calabazas
tengo cogidas á cargo!

CARRAN. Sí?

PONCE. Si, chico! en las postreras
juré no tentar el vado
hasta no estar bien seguro
de poder salir á salvo.
Hoy por fin me he decidido:
tengo ya uno acechado,
y quiero, Carranza, ver
si le atrapo ó no le atrapo.

CARRAN. Es decir, quieres casarte.

PONCE. Sí; voy á ver si me caso
con... veinte y cinco mil duros.

CARRAN. Buen pensamiento: le aplaudo.
Pero dime, quién es ella?

PONCE. Cómo! no has adivinado?
Recuerda, Carranza amigo,
el sitio en que nos hallamos.

CARRAN. La casa de una señora,
nuestra amiga, entrada en años,
viuda, que se llama Concha.

PONCE. Y tiene mas que un galápago;
pero tiene una Conchita
hija suya, tierno vástago
mas florido que un pimpollo
de almendro en el mes de marzo.
Niña que entre muchas dotes
que harán de un hombre el encanto,
tiene el dote masculino
que me trae desvelado;
porque yo, en oyendo *dote*,
me enamoro como un bárbaro.

CARRAN. (*Con ironía.*)

Con que Conchita, eh? Conchita?
Ponce, sériamente hablando,
es posible, dí, es posible
que en casarte hayas pensado?
Perder tan pronto la dulce
libertad del celibato?

PONCE. Déjame de libertades,
chico; quiero ser esclavo
de esa niña: me presenta
tantos atractivos!

CARRAN. Tantos?

PONCE. Veinte y cinco mil de á duro
por lo menos, descontando
los personales, que son
mucho, aunque no son metálico.

CARRAN. Piénsalo bien, Pedro Ponce.

PONCE. Juan Carranza, está pensado.

CARRAN. Pues bien, de mí qué exigias
en tal asunto, insensato?

PONCE. Lo que iba á exijir y exijo,
lo que te ordeno y te mando
es, que puesto que la madre
te tiene por un oráculo,
hoy que he venido á pedirla
del angelito la mano,
me recomiendes y apoyes,
me des tu auxilio y tu amparo;
en fin, chico, que me ayudes
á dar al dote el asalto.

CARRAN. Yo?

PONCE. Tú, sí: ya de la niña
tengo decidido el ánimo.

CARRAN. Hola!!

PONCE. Pero sabes que ella
es de cera á los mandatos
de la mamá, y si no logro
hacerla entrar por el aro,
volaverunt. Con que dile
que yo soy un buen muchacho,
que merezco cualquier cosa:
y si cual te lo demando
lo hicieres, Dios te bendiga:
y si no... llévete el diablo.

(Carranza se le queda aun escuchando con socarroneria.)
Conque, díme, qué contestas?

CARRAN. Yo? nada. Estaba pensando
que eres un pobre inocente.

PONCE. Yo! Por qué?

CARRAN. Para probártelo,
voy á contarte un cuento
como el que tú me has contado.
Tambien soy jóven, mas viudo;
pero antes de ser casado,
en punto de matrimonios
era á tu opinion contrario.
Creia que á esa coyunda
amor el nudo apretando,
aunque siempre el yugo pesa,
seria menos pesado.
Me casé con una pobre
que amé; pasé mil trabajos,
y á mas, como la pobreza
es fecunda en alto grado,
tuve por *inri* de gracias,
tres chiquillos en dos años.

PONCE. Uf! tres!

CARRAN. Siguiendo mi cuento...

PONCE. Pero... aguárdate.

CARRAN. Me aguardo.

PONCE. Tres por nueve... veinte y siete;
(*Echando la cuenta.*)
dos por doce... veinticuatro.
Chico, no sale la cuenta!

CARRAN. Sale; hubo fruto doblado.

PONCE. Entonces es otra cosa;
la fecundidad alabo
de tu mujer... y la tuya,
pues si tu no... en fin al caso.

CARRAN. El caso es que en corto tiempo
se me murieron los cuatro.

PONCE. Cómo! otro mas?

CARRAN. No, los tres
y la madre.

PONCE. Ah!

CARRAN. Su descanso

háyales dado el Eterno.

PONCE. Amen.

CARRAN. Quedé solitario;
soltero como quien dice,
otra vez.

PONCE. En eso estábamos.

CARRAN. Mas como aquel que se casa
contrae tan malos hábitos...

PONCE. Peligrosos! se acostumbra
al *ay ay ay que regalo*!
como dicen las cotorras
y...

CARRAN. Pues como yo he gozado
de las dulzuras diarias...

PONCE. Y nocturnas!

CARRAN. Que ese lazo
proporciona en recompensa
de lo que con él pasamos,
pecador reincidente
en la tentacion recaigo.
Pero ya de bagatelas
del amor desengañado,
creo en punto á matrimonios
que un buen dote es lo mas sano.
Tambien como tú dijiste
tengo ya uno acechado,
y como tú voy á ver
si le atrapo ó no le atrapo.

PONCE. Quieres volver á casarte?

CARRAN. Sí, voy á ver si me caso
con la misma cantidad
que tú hace poco has nombrado.

PONCE. Escelente pensamiento!
Chico, tambien yo le aplaudo.
Y díme, quién es la tuya?

CARRAN. Cómo! no has adivinado?
Recuerda bien, Ponce amigo,
el sitio en que nos hallamos.

PONCE. Tú tambien!

CARRAN. Pues qué, creias
que el dote que has celebrado
de esa niña cuyas dotes
has encarecido tanto,

no habia de hacer en mi alma
como en la tuya un estrago?
Qué, veinticinco mil
no pesan? son algun grano
de anis? y con quince abriles?
ó te figuraste acaso
que aunque de barro mi cuerpo
tengo yo el alma de cántaro?
á tantos mil atractivos...
de á duro... quién fuera mármol?
crees que soy insensible?
Ponce, qué mal me has juzgado!

PONCE. Ya lo veo! Ya lo veo!
Pero chico, ese es un plágio;
eso es robarme una idea
cuya propiedad reclamo.

CARRAN. Aqui no hay plágio que valga,
el pensamiento es de entrambos.
Y á quién no se le ocurriera
si se hallara en nuestro caso?

PONCE. Es verdad; medio millon
puede hacer muchos milagros,
y si ha podido tentarme
á mí, á un mísero empleado
del gobierno, que cual todos
estoy viviendo de atrasos,
bien pudo hacerlo contigo
que eres un pobre abogado
sin pleitos: tienes razon;
pero, sériamente hablando,
es posible que en casarte
otra vez hayas pensado,
despues que una vez perdida
de nuevo estabas gozando
la libertad de soltero?
Eso sí que no lo aplaudo.
Piénsalo bien, Juan Carranza.

CARRAN. Pedro Ponce, está pensando;
y asi á lo que me pedias,
Dios nos dé que dar hermano,
que la caridad empieza
por uno mismo. Digo algo?

PONCE. Tanto has dicho, que pluguiera

que nunca hubieras hablado.
En fin, qué hacemos?

CARRAN. Qué hacemos?
Yo como tú he madrugado
á pedir á la mamá
de la Conchita la mano.

PONCE. Pues, y yo! que ya traia
hasta el exordio estudiado!

CARRAN. Claro está que el uno al otro
presto habemos de estorbarnos.

PONCE. Pero, hombre, vamos á cuentas.
La niña te ha autorizado
tácita ó espresamente?

CARRAN. Yo, ni me lo he procurado.
No me dijiste hace poco
que es de cera á los mandatos
de la mamá, y que me tiene
esta á mí por un oráculo?
No reconoces mi influjo?
No le viniste implorando?
Eh! desengáñate, chico,
hay un refran castellano
que dice... por la peana
se debe adorar al santo.

PONCE. Pero si me ama la niña...

CARRAN. Con el amor de quince años,
que es del primero que llega;
y qué... en fin, á qué cansarnos?
á la vez como en la fuente,
yo he venido antes, y es claro
que debes dejarme el puesto.

PONCE. Yo dejarle! no me marcho,
aunque alegues para ello
todo el derecho romano.

CARRAN. Pues yo tampoco.
(*Se sienta.*)

PONCE. Corriente,
y pues eres mi contrario
tú en el favor de la madre,
yo en la niña confiado,
emprenderemos la lucha
cada cual con su auxiliario.
Guerra á muerte!

CARRAN. Guerra á muerte!
PONCE. Pero mejor que amoscarnos
no nos tendria mas cuenta
avenirnos y arreglarnos
en paz cual buenos amigos?
CARRAN. Tambien á la paz me allano;
propon condiciones.
PONCE. Mira.
(Carranza se levanta.)
Tú te vas, y yo entre tanto
espero aquí la mamá,
y en cuanto que salga entablo
la peticion, me contesta
que *sí* ó que *no*; pero salgo
al momento te lo juro,
y ya quedas sin obstáculo.
Eh?
CARRAN. No, mira; mejor es
que tú te salgas un rato,
y yo tambien te prometo
procurar de no ser largo.
Eh?
PONCE. No: sal tú; qué te cuesta?
CARRAN. Eh! no: sal tú; qué obstinado!
PONCE. No, tú.
CARRAN. Tú.
PONCE. Tú.
CARRAN. Tururú!!!
(Vuelve á sentarse.)
Chico, asi nunca acabamos.
PONCE. Oye, otra idea me ocurre!
A pares ó nones.
CARRAN. Bravo!
PONCE. Quien pierda se va, y el otro
se queda á dar el asalto.
CARRAN. Saca una pieza si tienes
alguna de cinco francos,
para que dé con su brillo
mas solemnidad al acto.
PONCE. Aqui he de tener.
CARRAN. Pues ea!
Que dé el número del año
el turno de tentativa

para alcanzar una mano
que reporta en matrimonio
tan crecido numerario.
Tira.

PONCE. (*Con la moneda en la mano.*)
Pide!
(*En este momento aparece doña Concha en la puerta de la izquierda.*)

CARRAN. Caballeros!
por mi casa tan temprano!

ESCENA II.

DOÑA CONCHA.—PONCE.—CARRANZA.—*Doña Concha baja al proscenio. Ponce y Carranza despues de manifestar su sorpresa, la saludan y continúan el juego escénico segun indica el diálogo.*

CARRAN. (Huy!!!) Servidores, señora.
PONCE. A los piés de usted! qué tal?
CONCHA. Muy bien; y ustedes?
CARRAN. No mal.
PONCE. (Chico, y qué hacemos ahora?)
CARRAN. (*A doña Concha.*)
Y la niña?
CONCHA. Bien.
CARRAN. Yo siento...
á esta hora...
(*A Ponce.*)
(Sin que lo vea,
sigue.)
CONCHA. Sea lo que sea,
tomen ustedes asiento.
PONCE. (*Al acercarse para tomar los asientos.*)
Usted debe dispensar...
(Aprovecha la ocasion.)
CARRAN. (Tira!)
PONCE. (Pide!!)
CONCHA. Ustedes son
(*Ponce y Carranza se vuelven.*)
los que deben perdonar.

CARRAN. Por qué?
CONCHA. Porque habrán tenido
que esperar. *(Se sientan todos.)*
PONCE. Eh! no por Dios!
como estábamos los dos,
nos hemos entretenido
charlando.
CONCHA. Mas vale asi;
de qué?
PONCE. De una friolera;
te acuerdas tú de lo que era?
CARRAN. Yo no caigo.
CONCHA. Yo creí
que era caso estraordinario
por dos palabras que he oido.
PONCE. Eh! dos? y cuáles han sido?
CONCHA. Matrimonio y numerario.
PONCE. (Diantre!) y no recuerda usté
á lo que aludian?
CONCHA. No;
ni oí mas.
PONCE. *(A Carranza presentándole la mano de la que no debe haber soltado la moneda.)*
(Ah! Pide!)
CARRAN. (Yo?
pares!!)
(Ponce abre la mano que deberá tener á su espalda; Carranza, la examina con disimulo protegido por Ponce, que deberá estar entre él y doña Concha. Despues de ver la moneda.)
pares son, gané!)
PONCE. *(A Carranza algo alto.)*
Yo veré...
CONCHA. Qué?
PONCE. Si en la mente
recuerdo su referencia.
(Ponce se lleva la mano á la frente en ademan pensativo, y entretanto examina con disimulo la moneda.)
(A Carranza.)
(Pares son; pero paciencia.)
CARRAN. (No te vas?)
(Ponce hace seña de que no.)

(Cómo?)

(*Idem.*)

(Corriente!)

PONCE. Ya caigo: este defendia
que un consorcio sin dinero
es cosa de mal agüero
entre las gentes del dia.

CARRAN. Yo no defendia tal:
antes fuí del parecer
de que eso no puede hacer
la ventura conyugal.

PONCE. Perdona si me equivoco:
pero tenia entendido
que tú habias defendido...

CARRAN. No, tú. (Vete!)

PONCE. No, tampoco.

CARRAN. Yo he defendido, es verdad,
que el dinero afanes calma;
mas que el amor es del alma
la sola felicidad.
No es malo el dinero... pero
me parece que es mejor
dinero para el amor
que no amor por el dinero.
Pues qué, el matrimonio es chanza?
puede el dinero acabar
y entonces, qué ha de quedar?

CONCHA. Tiene usted razon, Carranza.

CARRAN. Soy viudo y sé la razon
que tengo.

PONCE. Pues ya se vé!
y por lo visto es usted
de nuestra misma opinion?

CONCHA. Si es un hecho muy probado
aunque está muy poco en boga;
y ha sido mentar la soga
en la casa del ahorcado.

CARRAN. Por qué?

CONCHA. Yo he sido casada,
y al casarme ya sabia
que mi esposo no tenia
nada.

PONCE. No tenia nada!

(Pues cómo tiene la hija
medio millon!)

CARRAN. *(Asaltado de una idea.)*
(Ah! qué luz!)

CONCHA. Asi es que llevé una cruz
pesada aunque no prolija.
Creíle amante sincero,
y me casé y conocí
que me amaba un poco á mí,
pero un mucho á mi dinero.

PONCE. (Ah! vamos!)

CONCHA. Goce la gloria!
Conservó mi capital,
y no me trató tan mal
que no aprecie su memoria;
al fin fué de mi hija el padre.

PONCE. (Respiro!) Santo varon!

CARRAN. (*Distraido y preocupado con esta idea hablando consigo.*)
(Luego es el medio millon
legítima de su madre!)

CONCHA. Pero yo no puedo ver
á un ambicioso villano
que calcule de antemano
el dote de su mujer.
Si el amor es el que aboga
no se para á calcular.

PONCE. (Esto es, al que van á ahorcar
enseñarle antes la soga.)
(A Carranza que sigue distraido.)
(Oyes?)

CARRAN. (Eh! sí.)
(Vuelve á su distraccion.)

CONCHA. Una pasion
que mida con tal tivieza,
por hija de la cabeza
le repugna al corazon.
No piensa asi el señor Ponce?

PONCE. Pues no! fuera menester
para no hacerlo, tener
el que usted ha dicho de bronce.
Y que luego, en conclusion,
la paz, la tranquilidad,

la... pues la... felicidad
en el matrimonio son
solo del amor mercedes.

CARRAN. *(Hablando consigo mismo algo alto.)*
Es lo mejor si él alcanza...
Bien!...

CONCHA. Hé! qué dice Carranza?

CARRAN. Eh? Qué decian ustedes?

CONCHA. Calla! estaba distraido!
En qué estaba usted pensando?

CARRAN. Estaba aqui... cabilando
en... me absorven el sentido
estas cosas: yo en rigor
como ustedes considero
que el dinero... ah! si, el dinero...
pero el amor... ah! el amor...
(Se sonrien.)
Eh?

CONCHA. Pensaba en los sumarios
de alguna causa.
(A Ponce.)
Es asi?

CARRAN. Quién, yo! no, para entre mí
formaba mis calendarios
sobre...

CONCHA. Malo está usté hoy!

CARRAN. (Voy á hacer que hablarla puedas.)
(Se levanta.)
Con que... Ponce, tú te quedas?

CONCHA. Qué, se vá usted?

CARRAN. Sí: me voy.

PONCE. *(Se levanta.)*
Cómo!

CONCHA. Adios!

PONCE. (Es singular!)

CARRAN. No debo de ser testigo
de lo que Ponce mi amigo,
tiene con usted que hablar.

CONCHA. Si?

PONCE. *(A Carranza.)*
Gracias por la merced!

CARRAN. Te espero?

PONCE. A la media hora.

CARRAN. *(Saludando.)*
Bien, hasta luego: señora...
CONCHA. Abur!
CARRAN. A los piés de usted.

ESCENA III.

DOÑA CONCHA.—PONCE.

CONCHA. Si es lo que acabo de oir
cierto...
PONCE. No debo negar...
CONCHA. Ya puede usted empezar
lo que tenga que decir.
Recobre usted el aliento,
y diga, pues, que ya escucho.
PONCE. (Cederme así el campo? es mucho.)
(*Pensativo.*)
Deje usted que tome aliento:
porque, señora, á fé mia
como Carranza ha marchado
tan... (Pues no se me ha olvidado
el exordio que traia!)
(Se sienta.)
Ello es una pretension.
CONCHA. Hola! bien: y sobre qué?
PONCE. Pronto, señora, la haré
y antes una digresion.
Yo soy todo un empleado
del gobierno.
CONCHA. Subalterno;
y añada de este gobierno
por si mañana ha cambiado!
Porque hoy andan los santones
sin reparar en pelillos
jugando como chiquillos
asi... á los cuatro rincones.
Y á cada uno que sube,
hay arreglos y plantillas
y reformas y tranquillas...
PONCE. Eh! yo no temo esa nube:

no ignoro, señora, no,
sus mañas de Belcebú;
andan á quítate tú
para que me ponga yo;
pero como á nadie agravio,
no temo sus atropellos,
estoy bien con todos ellos.

CONCHA. Ay, Ponce! usted es un sábio.

PONCE. No sé manejarme mal.

CONCHA. Pero todo esto á qué intento
viene?

PONCE. El encabezamiento
es este del memorial.
Ahora va la peticion.

CONCHA. Dígala usted, y sepamos...

PONCE. Permita usted que volvamos
á nuestra conversacion.
Amor y dinero tienen
tentaciones poderosas,
pero estas dos buenas cosas
rara es la vez que se avienen.
Y entre pasion é interés,
la pasion es la razon,
ó á lo menos mi opinion...

CONCHA. Sí: ya me consta cuales.

PONCE. De toda ambicion villana
aunque soy pobre, señora,
me ha defendido hasta ahora
mi intencion siempre muy sana;
mas si á interés material
fué la razon freno en mí,
no ha podido serlo asi
para otra pasion.

CONCHA. Y cuál?

PONCE. Cuál es la pasion tirana
que mas seduce y fascina,
y mas subyuga y domina
la pobre razon humana?
Cuál otra pudiera ser?
(Doña Concha se sonrie.)
Y esto la hace á usted reir?

CONCHA. Ya le veo á usted venir.

PONCE. (Malo! malo! en fin, á ver.)

Y trato yo de ocultar
lo que siente el pecho mio?
podrá ser un desvario,
pero es delito el amar?
Y aun si por crímen se mira
mi pasion... ó se mirara,
siendo tal me disculpara
el objeto que la inspira.
La Conchita...

CONCHA. Ya!

PONCE. Es hermosa!
Como dicen en Castilla,
de tal leña tal astilla.

CONCHA. Gracias! Gracias! á otra cosa.

PONCE. Su carácter infantil,
sus atractivos brillantes,
sus prendas tan relevantes
y sus gracias mil y mil,
y su buena educacion...
y todo en fin me ha impulsado...

CONCHA. Paso, que se le ha olvidado
á usted la mejor razon.
Mi niña es un gran partido...

PONCE. (Me cojió por el cogote!)

CONCHA. Y medio millon de dote
no es para echarse en olvido.

PONCE. *(Fingiéndose sorprendido y anonadado.)*
Ah!

CONCHA. Prosiga usted ahora.

PONCE. Perdone usted, no sabia...

CONCHA. Cómo!

PONCE. Ya entiendo á fé mia
la risa de usted, señora:
oh! (Me haré el sentimental.)

CONCHA. No crea usted...

PONCE. Yo... no creo
nada... señora... mas veo
que me juzga usted muy mal.
A qué proseguir! ya sé
que habiendo medio millon
de por medio... mi pasion
no le vale, ya se vé!
Y á qué aspirar á una mano

valuada en tanto dinero,
yo!... mísero jornalero
de la patria! intento vano!
Qué vale á mi fé sencilla
su amor, ni al mio su fé!

CONCHA. Ah! con que ella le ama á usté?
Pues miren la picarilla!
no me habia dicho nada.

PONCE. Qué quiere usted, el amor
á esa edad causa rubor:
pero... pasion malograda!
no la culpe usted por ella,
ni me culpe usted á mí:
la amé desde que la ví
no por rica, sí por bella.
(Se levanta.)
Pero á qué es importunar
con tales cosas ahora?
Dispénseme usted, señora.
(Saluda.)
(A que me deja marchar!)

CONCHA. Pero oiga usted, Ponce.

PONCE. *(Haciéndose el interesante.)*
Oh! nada.

CONCHA. Hágame usted mas merced!
Acaso me tiene usted
á mí por interesada?
No me oyó usted hace poco?

PONCE. Oh! sí: mas del dicho al hecho
hay, señora, mucho trecho.

CONCHA. Señor Ponce!

PONCE. Yo estoy loco!
Ah! reviento de coraje!
Vil oro! llevas la palma!
(Ay! medio millon de mi alma,
perdóname tú este ultraje!)

CONCHA. Ponce, no sea usted niño;
para Conchita no quiero
novio con mucho dinero,
sino con mucho cariño.
Y si es que usted sin saber
que era tan rica...

PONCE. Es así;

si no, muerto hubiera aqui
en silencio mi querer.
Mas podré acaso esperar?

CONCHA. Deje usted que la consulte,
y obraré segun resulte.

PONCE. No me haga usted delirar!

CONCHA. Pues tómelo usted con calma.

PONCE. Con calma! y quién se domina
cuando el amor ilumina
con luz de esperanza el alma?
Yo soy un poco poeta;
no estrañe usted.

CONCHA. Sí, ya veo.

PONCE. (Ay medio millon! ya creo
que te tengo en la gabeta!)
Con que... negocio arreglado?
(Se va á tomar el sombrero.)

CONCHA. Si ella dijera que sí...

PONCE. Bien. Volveré por aquí
á saber el resultado.
A los piés de usted, señora!

CONCHA. Ponce, vaya usted con Dios.

PONCE. (Veremos quién de los dos
se lleva este dote ahora.)

ESCENA IV.

DOÑA CONCHA.

Si se aman, cosa hecha.
Yo al cabo me alegraria;
mas me queda todavia
aqui dentro una sospecha.
Cómo podria ignorar
siendo de la casa amigo?...
Hum! no las tengo conmigo
todas: fuerza es indagar...
Que la suceda no quiero
lo que en mí quiso mi estrella,
y sin casarse con ella

se case con su dinero.
Niña!
(Acercándose á la puerta de la izquierda y llamando: vuelve al proscenio.)
Al fin ello dirá:
yo los medios buscaré
de ver si es pura su fé.
Concha!

ESCENA V.

DOÑA CONCHA.—CONCHITA.

CONCHIT. Qué quieres, mamá?
CONCHA. Ven y siéntate á mi lado,
y habla con toda franqueza.
CONCHIT. Ay mamá! me das tristeza
con el tono que has tomado!
CONCHA. Mi tono es la seriedad;
lo que te voy á decir
es sério, y tienes que oir
con toda formalidad.
CONCHIT. Bueno.
CONCHA. Yo no soy de aquellas
madres, que nécias, prolijas
creen que nunca sus hijas
serán lo que fueron ellas.
Que no han de saber, ni hacer
por mas años que corrieron,
lo que sabian é hicieron
ellas de su edad al ser.
Que con freno de ignorancia
teniéndolas reprimidas,
desean verlas sumidas
en una perpétua infancia,
sin querer al tiempo dar
lo que es suyo, y que en rigor
es el dárselo mejor
que dejárselo tomar.
Yo no: tú sabes que en mí,
y no porque yo lo diga,

tienes tu mejor amiga.
CONCHIT. Mamá, ya se vé que sí!
Pero dime por favor,
con tal modo de empezar,
de qué me quieres hablar?
CONCHA. Te quiero hablar del amor.
Este tiene el privilegio
de dar su ciencia á entender
al corazon, sin tener
necesidad de colegio.
Y es menester ser de bronce,
ó á tu edad...
CONCHIT. Mamá; por Dios!
CONCHA. Vamos, os amais los dos?
CONCHIT. Eh? de quién hablas?
CONCHA. De Ponce.
CONCHIT. Ponce! Lo que es él á mí...
al menos lo ha dicho.
CONCHA. Bien.
Pero le amas tú tambien?
CONCHIT. Se me figura que sí.
CONCHA. No mas? me pidió tu mano.
CONCHIT. Cómo?
CONCHA. Como te lo digo.
CONCHIT. Se quiere casar conmigo?
CONCHA. Si te quiere, bien es llano.
CONCHIT. Y te me ha pedido ya?
CONCHA. Y á contestarle me obliga:
qué quieres tú que le diga?
CONCHIT. Ay! dile que sí, mamá...
si tú quieres.
CONCHA. Si de veras
te ama, no diré que no.
CONCHIT. Qué dicha!
CONCHA. Ya veré yo...
y si es asi, como quieras.
Pero debe meditarse,
y yo soy buen testimonio:
sabes qué es el matrimonio?
CONCHIT. El matrimonio? casarse.
CONCHA. Pero casarse ha de ser
por razon y por pasion,
que no es tan solo la union

de un hombre y una mujer.
Casarse, es para vivir
dos en uno confundidos,
amados, fieles y unidos
en el gozar y el sentir.
Es union que contraida,
dá del uno al otro en prenda
el honor, la fé, la hacienda,
y eso por toda la vida.
Que ante el hombre y ante Dios,
ligándolos de consuno,
hace dos de cada uno
y uno solo de los dos.
Pues si de un afecto emana,
en dos pactos se reclina;
uno ante la ley divina,
otro ante la ley humana.
Lazo dulce, lazo tierno
cuando le forma el amor,
yugo sino de dolor,
y un purgatorio, un infierno.
Mas su lazada es tan fuerte,
que no hay por mas que se trate,
mas mano que la desate
que la mano de la muerte.
Si amas á Ponce hasta el punto
de ser con él muy dichosa,
unida así, es otra cosa:
no hablemos mas del asunto.

CONCHIT. Mamá, quieres asustarme
pintándome tan severo
el matrimonio? Pues quiero,
aunque asi sea, casarme.

CONCHA. Niña!

CONCHIT. Estamos tan aisladas
aquí, que ya me fastidia;
y qué quieres!... tengo envidia
de las mujeres casadas.
Qué gusto será tener
un marido con quien ir
del brazo siempre... y vivir
en una casita...

CONCHA. A ver!

Elegante!

CONCHIT. Sí, mamá;
lujo! nada de miseria!

CONCHA. Como las que hay por la feria
en la calle de Alcalá!

CONCHIT. Eh, no! mira: cuando veo
á Emilia que se ha casado,
ir con su marido al lado
tan anchos por el paseo,
digo mirando al marido,
(perdona que lo confiese)
«Cuándo tendré uno como ese!»

CONCHA. Como si fuera un vestido!

CONCHIT. Y al ver tambien con su esposo,
que la presta el brazo ufano,
á Juana dando la mano
á su niño tan hermoso;
siempre que ella le hace muecas,
digo yo: «Válgame Dios!
cuándo tendré yo uno ó dos!»

CONCHA. Niña! que no son muñecas!
Deseos de Belcebú!
mas tu inocencia te escuda.

CONCHIT. Oye: ya que estás tú viuda,
por qué no te casas tú?

CONCHA. Casarme? entonces tal vez,
por mas linda que tú fueras,
sin que un marido tuvieras,
llegaras á la vejez.

CONCHIT. Por qué?

CONCHA. Esplicarte no quiero
cómo en siglo tan traidor
influyen en el amor
cantidades de dinero.
Si yo me hubiera casado,
no te pasa por las mientes
lo que ante tus pretendientes
pudiera haberte quitado?
Uno solo que en el dia
á tal prueba resistiera,
seria el que yo quisiera
para tu esposo, hija mia.

CONCHIT. Pero van á criticar,

y tendrán razon sobrada,
estar la niña casada,
y la mamá sin casar.

CONCHA. Fuera la del aspirante
intencion bien sospechosa.
Ya soy vieja!

CONCHIT. No hay tal cosa!

CONCHA. Eh! pasemos adelante.
Estás tú bien decidida
á dar á Ponce tu mano?

CONCHIT. Si tú quieres...

CONCHA. Yo me allano...
date por comprometida.
Que ese compromiso es
imágen convencional
del otro que mas formal
has de contraer despues.
Míralo bien...

CONCHIT. Te aseguro...

CONCHA. Le amas?

CONCHIT. Yo creo que sí.

CONCHA. Repara en que para tí
ya no hay mas que tu futuro.
Que hay que cerrar los oidos
como mujer cautelosa,
á toda frase amorosa,
y cuenta con los descuidos.

CONCHIT. Mamá, no tengas cuidado;
me doy por comprometida.

CONCHA. Repara en que es de por vida
el yugo que has aceptado,
si se anuda... y que en rigor
antes de determinar
algo, es necesario estar
muy segura de su amor.
Lo estás tú?

CONCHIT. Creo tambien
que sí.

CONCHA. Mas con eso no
basta!... en fin (ya veré yo!)
con que medítalo bien.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

CONCHITA.

Que lo medite! estoy pronta
á cumplirle mi palabra:
yo lo que quiero es casarme
y que salga lo que salga.
Y aunque mamá me ha pintado
como carga tan pesada
el matrimonio, Dios sabe
que solo siento... Caramba!
Sola con un hombre... cielos!
Y Ponce que tiene barbas!
En fin, ya no envidiaré
á la Emilia ni á la Juana;
me caso y dentro de poco
seré,.. una mujer casada.

ESCENA VII.

CONCHITA.—CARRANZA *por el fondo y hablando consigo mismo.*

CARRAN. Eh! vamos á averiguar
si aquel tunante me engaña.
Haber consentido en ello
doña Concha!
(Vé á Conchita.)
Pero calla!
A los piés de usted, Conchita!
CONCHIT. Adios, señor de Carranza.
CARRAN. (Me viene que ni de molde:
empezaré á examinarla.)
Grata ha sido mi sorpresa!
CONCHIT. Por qué?
CARRAN. Porque no esperaba
tener una coyuntura

tan propicia, de espresarla
los cariñosos afectos
que hácia usted mi pecho guarda.

CONCHIT. Qué me quiere usted decir?

CARRAN. Quiero, Conchita adorada,
decirla á usted que es hermosa,
y tan amable y tan cándida,
que no es mucho que en amores
por usted se encienda un alma.

CONCHIT. *(Con coqueteria infantil.)*
Ay! usted me lisonjea
demasiado: muchas gracias!

CARRAN. (Parece que no... adelante.)
Oh! no hay lisonja que valga,
ni gracias, que todas son
patrimonio de esa cara.
(Y vaya si es patrimonio
el que tiene esta muchacha!)
Con que diga usted, Conchita,
si en ese amor se incendiara
un alma pobre, podria
tener alguna esperanza?

CONCHIT. *(Con la misma coquetería.)*
Cómo! Carranza!!...
(Cambiando de repente.)
Ay, Dios mio!

CARRAN. Qué?

CONCHIT. Que ya no me acordaba...
hágame usted el favor
(Con pretendida dignidad.)
de no mentarme palabras
que me ofendan de ese modo.

CARRAN. Acaso efende quien ama?

CONCHIT. Dale!... si prosigue usted...

CARRAN. (No está poco alborotada!)
Dispénseme usted, no creo...

CONCHIT. Sí... pero la que se halla
como yo comprometida
ya, no debe escuchar nada
de amor, ni de... yo... lo siento,
pero es necesario.

CARRAN. Vaya!!
(No mintió.) Con que es decir

que está usted casi casada?
CONCHIT. Sí.
CARRAN. Será desde hace poco?
CONCHIT. Algunos minutos.
CARRAN. Cáspita!
(Ciertos son los toros! Bueno!)
Y quién es quien dicha tanta
logra?
CONCHIT. Un amigo de usted.
CARRAN. Ponce?
CONCHIT. El mismo: solo falta
que mi mamá se convenza
de que es cierto que me ama,
y entonces todo está hecho.
CARRAN. Su mamá de usted! Dónde anda?
CONCHIT. Por adentro... Ya ve usted!
voy á ser afortunada.
CARRAN. Me alegro! Quisiera hablar
con ella cuatro palabras.
CONCHIT. Con mamá? La avisaré.
CARRAN. Si usted me hiciera esa gracia!
CONCHIT. Pues no! Hasta luego.
CARRAN. Hasta luego!
Dios la haga á usted bien casada.

ESCENA VIII.

CARRANZA.

Pues señor! si no ando listo
pierdo, como soy Carranza,
el medio millon! ah! pero
soy abogado de trampa,
oi á la mamá hace poco
lo que dijo, y ya me basta:
pues segun la ley aquella
de la partida... serrana,
voy á jugársela á Ponce,
si es que el ardid no me marra.
Malo sera el contrapeso,

mas medio millon me valga.
Aquí se acerca, Dios mio!
Ea, valor, y á la carga!

ESCENA IX.

DOÑA CONCHA.—CARRANZA.

CONCHA. Cómo otra vez por aquí
el señor don distraido?
CARRAN. Porque yo tambien, señora,
hablarla á usted solicito
de cosas que nos conciernen.
CONCHA. Hola!!
(Se sienta é invita á Carranza.)
CARRAN. *(Sentándose.)*
Y asi... con permiso.
No ignoro ya la ventura
que hoy ha alcanzado mi amigo
Ponce, y declaro, señora,
que á otra igual ventura aspiro.
CONCHA. Y no sabe usted, Carranza,
que Ponce...
CARRAN. Sí, está perdido
de amor por Conchita; sí.
CONCHA. Y le consta á usted?
CARRAN. De fijo.
Y la niña...
CONCHA. De la niña
al cabo es niña, y en limpio
saco que si ahora no le ama,
mas adelante...
CARRAN. Magnífico!
CONCHA. Cómo!
CARRAN. Si tal. Hace tiempo
que esperaba yo eso mismo
para poder á mis planes
dar, señora, un buen principio.
Cásense muy enhorabuena;
no es Concha, ese pimpollito,
fruto de un árbol que puede

dar aun otros mas opimos,
de quien espero alcanzar
la ventura que codicio.

CONCHA. Y entonces á qué es venir
á consultarlo conmigo?

CARRAN. Porque la mujer que yo amo
y aquella cuyo marido
aspiro á ser, es usted.

CONCHA. Carranza? está usted en su juicio?
Perdone usted que me ria...

CARRAN. Señora! lo dicho dicho.

CONCHA. Yo! que le tenia á usted
por tan formal!

CARRAN. Por lo mismo;
yo quiero un amor maduro.

CONCHA. Tan maduro como el mio?
Mire usted que ya soy vieja!

CARRAN. Señora! Por Jesucristo!
Vieja á los treinta y dos años!
(Lo menos cuarenta y cinco
tiene!)

CONCHA. Cómo treinta y dos?
cuarenta!

CARRAN. Bah!!

CONCHA. Y bien cumplidos.

CARRAN. (Ya lo creo.) Y esa tez?

CONCHA. Es jamon bien cuidadito.

CARRAN. Y el cabello! tan poblado!

CONCHA. Y qué sabe usted si es mio?

CARRAN. Y los ojos! aun conservan
de la juventud el brillo.

CONCHA. Los ojos nunca son viejos.

CARRAN. Pero los de usted son niños.
Y vaya! y la dentadura
ni el marfil mas esquisito!

CONCHA. Ya como que es casi toda
de marfil!

CARRAN. (Voto vá crispo!
Qué dura está de pelarse.)
Y lo demas!

CONCHA. Eh, amiguito!
Va usted á hacer el inventario
de todo mi cuerpo?

CARRAN. Digo,
y por qué no? si aquí el cuerpo
es el cuerpo del delito?
Pero dejándole aparte
que al fin es barro mezquino,
y los encantos del alma
que tiene usted tan cumplidos?
tan franca! tan generosa!
con un corazon tan fino...
vamos! diga usted tambien
que el corazon es postizo!

CONCHA. Válgame el cielo, Carranza!
Nunca lo hubiera creido!
Yo pensaba que Conchita
le gustaba á usté un poquito.

CARRAN. No lo negaré, señora:
es decir, en el principio...
me gustó: despues usted
me gustó mas, infinito
mas; hasta que al fin un dia
consulté conmigo mismo:
serias feliz, me dije,
poseyendo el alvedrio
de la niña? No, la madre
es la que yo necesito!
(Si, la madre del cordero,
el medio millon del pico.)

CONCHA. (Ah, ya entiendo! y me conviene
para probar el cariño
del otro.)

CARRAN. Y qué tal?

CONCHA. (Finjamos.)

CARRAN. Podré saber si propicio
á mi amor será ese pecho?

CONCHA. (*Con un tanto exagerada ternura.*)
Carranza!!

CARRAN. (Santo Toribio!
ya se enternece.)

CONCHA. Ay, si fuera
verdad!

CARRAN. Cómo? lo que he dicho?
Pues no ha de serlo, señora!

CONCHA. De veras?

CARRAN. Como lo afirmo.
CONCHA. Entonces...
CARRAN. (Medio millon!)
CONCHA. Usted es un hombre digno
de cualquiera cosa...
CARRAN. Y bien!
CONCHA. Sea pues!
CARRAN. Dueño querido!
(Con exageracion.)
Nos casaremos?
CONCHA. Tan luego
como se casen los chicos
CARRAN. Mi amor! mi luz!
CONCHA. Pocas flores,
no nos gusta tan florido
á las viejas el amor.
CARRAN. Y á qué esa esquivez conmigo.
cuando la quiero á usted tanto!
CONCHA. Sí?
CARRAN. De veras.
CONCHA. (Habrá pillo!)
Quién llega? Ponce?
CARRAN. Sí; él es
(Perdió el pleito el pobrecito
tal vez no caiga en el *item*
pero, ha quedado lucido!)
(Se levanta.)
CONCHA. (Vamos á poner á prueba
un par de amores del siglo.)

ESCENA X.

DOÑA CONCHA.—CARRANZA.—PONCE.

PONCE. Tráeme mi afan aquí
tal vez pronto ó en mal punto?
CONCHA. No tal: zanjóse el asunto.
PONCE. Qué ha contestado?
CONCHA. Que sí.
Pero es preciso tambien
que yo ante ustedes me esplique

y que ella se ratifique:
voy á llamarla.

PONCE. Está bien.

CONCHA. (*Se acerca á la puerta de la izquierda y llama.*)
Concha!
(*Quédase alli mirando dentro.*)

PONCE. (*A Carranza.*)
Ves?

CARRAN. (*Riendo*)
Logras tu intento.

PONCE. Sonrisa de Belcebú!
lograr yo mi intento y tú
decírmelo tan contento!
Qué hay?

CARRAN. Que tú te casarás
con la niña si te place:
pero lo que es lo que hace
al medio millon... mal vas!
(*Se aparta.*)

PONCE. Cómo! Chico! ah! yo veré...

CARRAN. Ya verás...

PONCE. Pues fuera un gusto!
(Este quiere darme un susto!
pobre!)

CONCHA. Aqui la tiene usté.
(*Viniendo con la Conchita.*)

ESCENA XI.

DOÑA CONCHA.—CONCHITA.—PONCE.—CARRANZA.

PONCE. Oh! Conchita, yo en rigor
no me esperaba otra cosa.
Con que accede usted gustosa?

CONCHIT. A casarme? si señor.

CONCHA. Y yo tambien consecuente
con la palabra otorgada
no tengo que añadir nada,
y por mi parte corriente.

PONCE. Lo ves, amigo Carranza?
Disputarás todavía

una mano que ya es mía?
CARRAN. Chico, aquella fué una chanza!
PONCE. Con eso sales ahora?
vana disculpa!
CARRAN. No tal.
CONCHA. Pues qué?
PONCE. Si era mi rival:
CARRAN. No lo crea usted, señora!
Yo teniendo un interés
en saber si la queria
como ella se merecia,
fingí que... vamos!
CONCHA. Ah!
CARRAN. Pues.
CONCHA. (Allá va.) Feliz estrella!
Cual deseaste, hija mia,
nos casamos en un dia.
CONCHIT. Sí?
PONCE. Cómo! usted?
CARRAN. (Ahora es ella!)
CONCHA. Cierto!!
PONCE. Usted?
CONCHA. (Digo! el amor!)
PONCE. Se casa usted?
CONCHA. Sí, me caso.
CARRAN. (Flojito va á estar el paso!)
PONCE. Y con quien?
CONCHA. Con el señor!
PONCE. Cómo! (Ah torpe! voto á tal,
si era la mamá la rica!)
A la edad de usted!
CONCHA. Qué implica?
Queriendo los dos!...
CARRAN. Cabal!
CONCHIT. Ay, mamá, cuanto me alegro!
CONCHA. Qué tiene usted que decir?
PONCE. Que no me puedo avenir
á tenerle á este por suegro.
CONCHA. Y se retracta usted?
PONCE. Yo
sentiria desairarle,
pero tener que llamarle
papá-político, no.

CARRAN. (En buen compromiso está!)
CONCHA. Vaya, lo ves hija mia!
no ves lo que te decia?
CONCHIT. Adios! no me caso ya!
(Se sienta medio llorando en un sillon que habrá cerca.)
CONCHA. Pero diga usted, por qué?
Qué tiene que ver mi boda
con?...
PONCE. A mi no me acomoda
y...
CARRAN. Yo le convenceré.
(Se le lleva algo aparte.)
PONCE. (Tú? sin el dote me quedo
por esa treta maldita,
y vienes á...)
CARRAN. (Es tan bonita!)
PONCE. (Eso no me importa un bledo.)
CONCHA. (Sin la huéspeda se está
echando la cuenta allí.)
CARRAN. (Vamos, fíate de mí!
te trataré bien!)
PONCE. (Eh! Bah!
Y quién resarce mis daños
si cual con la otra mujer
llegas con ella á tener
tres chicos cada dos años?
Entre tantos divididos,
adios el medio millon!
no mereces mi perdon.
CARRAN. (Y acaso yo te lo pido!)
PONCE. (Ante Dios y mi conciencia
como que me le has robado;
pero anda, que en el pecado
te llevas la penitencia.)
(Carranza se aparta y se dirige á doña Concha.)
CARRAN. No cede.
CONCHA. No?
CONCHIT. *(Medio llorando.)*
Dios eterno!
CONCHA. (Es hasta poco galante.)
CARRAN. Sigue constante y constante
en que no ha de ser mi yerno.

CONCHA. Pero cuál es la razon?
Es acaso el interés?
PONCE. Ah, señora!!
CONCHA. Quizás es
por lo del medio millon?
PONCE. Señora!!... (Estoy en un potro.)
me ofende usted! (Ya ha caido
en ello.)
CONCHA. (Está conocido:
vamos, pues, á ver al otro.)
Es que si por eso fuera,
nunca yo consentiria
que por una fruslería
tanto mi niña perdiera.
Y mas que del uso pase
yo regalársele quiero,
y se le cuento en dinero
en el dia en que se case.
PONCE. Cómo!
CONCHIT. Qué buena!
CONCHA. Sí, sí.
Porque tengo la esperanza
de que el señor de Carranza
aun me ha de querer así,
pobre y vieja.
PONCE. Ya se vé!
CONCHA. Y usted acepta?
PONCE. Pues no!
CONCHA. Y usted tambien?
CARRAN. Lo que es yo,
señora... le diré á usté.
No por oponerme á un hecho
que cualquiera alabaria,
pero yo lo miraria
como cuestion de derecho.
Si tenemos sucesion,
cómo quiere usted que aplauda
un acto que le defrauda
en ese medio millon?
CONCHA. No! yo paso de cuarenta
y no podemos...
CARRAN. No?
CONCHA. Digo...

CARRAN. Casándose usted conmigo,
aunque tuviera usted ochenta.
CONCHA. Se han visto casos estraños:
bien pudiera suceder.
CARRAN. Tuve con la otra mujer
tres en menos de dos años.
Y privarlos de la herencia
á los nuestros, pobrecitos!
descalcitos, desnuditos...
fuera un cargo de conciencia.
Por padre y por abogado
yo no me puedo avenir.
CONCHA. Cómo no?
CARRAN. Ni permitir
tan grave desaguisado.
CONCHA. Con que se vuelve usted atrás?
cielos! tambien mi futuro!
CARRAN. Si hace usted eso, de seguro.
(Pues no me faltaba mas!)
PONCE. (En buena se halla metido!)
CONCHA. *(Con fingido sentimiento.)*
Ah!!
PONCE. Yo le convenceré.
CONCHA. No, no señor; no hay de qué.
está todo conocido:
déjele usted á ese loco,
no me caso yo.
PONCE. Mejor!
CARRAN. Ni usted.
PONCE. Cómo!
CONCHA. No señor,
lo que es con mi hija tampoco.
PONCE. Pero...
CONCHIT. Vaya!!
(Vuelve á lloriquear.)
CONCHA. Uso mis fueros;
perdon por la peripecia,
mas si me creyeron necia,
se engañaron, caballeros.
(Carranza y Ponce se quedan mirando estupefactos.)
Tontos que tan tierno amor
por interés han fingido,

y ser mi yerno y marido
demandaron por favor,
perdonen por Dios, hermanos;
busquen otro por ahí,
que el medio millon de aquí
se les fué de entre las manos.
Y pues con personas tales
trato no he de tener,
no vuelvan á trasponer
de mi casa los umbrales.
Creo que habrán entendido.
(*Se levanta tomándola de la mano.*)
Y tú, niña, no llorar;
cebo tenga el palomar,
no te faltará marido.
Ya viste su proceder,
le amarás?

CONCHIT. (*Llorosa.*)
No!!

CONCHA. (*Besándola en la frente.*)
Pues no llores.

CONCHIT. (*Devolviéndola el beso.*)
No, ya no.

CONCHA. Con que, señores,
lo dicho, y hasta mas ver.
(*Se retira con su hija por la izquierda.*)

ESCENA ULTIMA.

PONCE.—CARRANZA.—*Despues de un rato de estupor, saliendo el uno contra el otro enfurecidos.*

PONCE. Tú tienes la culpa!

CARRAN. Es llano.
Y tú tambien! si no fuera!...

PONCE. Pues si no me contuviera...
(*Despues de quedarse amenazando, prorrumpen en risa.*)

CARRAN. Toca!!

PONCE. Sí, allá va la mano.

CARRAN. Hemos hecho buen papel!
PONCE. A los dos nos dió garrote!
CARRAN. Dos amigos para un dote,
y al fin nos vamos sin él.
PONCE. A buscar otro!
CARRAN. Sí, sí.
Vamos á buscarle, pero
nuestro dote verdadero
pidámosle desde aqui.

FIN DE LA COMEDIA.